

El exilio mexicano de Max Aub: la relación con el régimen anfitrión

Author(s): SEBASTIAAN FABER

Source: *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, Vol. 26, No. 3 (Primavera 2002), pp. 423-438

Published by: Revista Canadiense de Estudios Hispánicos

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/27763780>

Accessed: 04-11-2019 19:57 UTC

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



JSTOR

Revista Canadiense de Estudios Hispánicos is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*

El exilio mexicano de Max Aub: la relación con el régimen anfitrión*

La posición en México de los intelectuales españoles exiliados allí después de la Guerra Civil fue más precaria y difícil de lo que han querido revelar. Como todo exilio político, el suyo implicó un complejo proceso de adaptación y negociación política y cultural. Aquí se investiga este proceso para el caso de Max Aub, cuyo epistolario sirve para ilustrar la importancia para el escritor exiliado de las amistades intelectuales y la lealtad al gobierno anfitrión. Aunque Aub fue uno de los intelectuales españoles mejor integrados en México, la gratitud para con el país anfitrión y el saberse extranjero le impedían criticar al régimen que lo había acogido tan hospitalariamente.

No es nada fácil la existencia del refugiado político. Expulsado de su comunidad nacional, se le imponen dos tareas contradictorias: la de construirse una vida en un lugar ajeno y la de procurar mantener la conexión con su país de origen y, así, la esperanza del regreso. Además, está literalmente desamparado. Como no puede recurrir a las estructuras gubernamentales y comunitarias que, en un estado de derecho, suelen apoyar al ciudadano, se ve forzado a buscar y aceptar el apoyo de organizaciones internacionales o, las más de las veces, de estados extranjeros. Y como es natural, éstos exigen lo suyo a cambio de la ayuda prestada. Como indica Yossi Shain, si un gobierno decide dar asilo político a un grupo de refugiados lo hace porque sirve sus propios intereses. Tampoco es raro que el estado anfitrión imponga restricciones en cuanto a la actividad política de los refugiados, o que les exija una explícita declaración de lealtad que no siempre se compagina bien con sus lealtades existentes (Shain 119–21). Colocado en este limbo legal, político y emocional, el refugiado tiene ya poco control sobre su propio destino. Si este estado se prolonga, convirtiéndose en un exilio propia-

* Quisiera agradecer al Programa de Cooperación Cultural entre el Ministerio de Cultura de España y Universidades de Estados Unidos por la beca que me permitió visitar la Fundación Max Aub en Segorbe, Castellón.

mente dicho, su existencia se convierte en un complejo proceso de adaptación y negociación que no siempre tiene buen resultado.

Aquí me propongo investigar este proceso para el caso de Max Aub, escritor español desterrado en México desde 1942. Como es sabido, hacia finales de los años 30, cuando se revelaba inminente la derrota de la República en la Guerra Civil Española, el presidente mexicano, Lázaro Cárdenas, decidió dar refugio a un número ilimitado de republicanos españoles, entre los cuales se encontraban un gran número de intelectuales. Fue un gesto de excepcional generosidad. Ante los grupos domésticos que se opusieron a la llegada de estos “gachupines” – y “rojos,” además – Cárdenas defendió su decisión alegando que los españoles darían un importante impulso cultural y económico al país; predicción que, como se sabe, se cumplió con creces.¹ El Presidente también arguyó que la solidaridad ideológica le obligaba a ayudar a los republicanos, ya que la Segunda República española y el México de la Revolución compartían los mismos principios y objetivos políticos. Finalmente, Cárdenas afirmó que a diferencia de otros inmigrantes, los españoles se integrarían fácilmente a México por las muchas y profundas afinidades culturales, lingüísticas e históricas que compartían (Fagen 31–34).

Para los intelectuales republicanos que acabaron en México, sin embargo, el asilo no era incondicional, ni la adaptación tan fácil como Cárdenas lo había predicho. Así, al llegar, los exiliados tuvieron que prometer respetar el famoso artículo 33 de la Constitución Mexicana, es decir, no inmiscuirse en la política nacional mexicana y abstenerse de criticar al régimen anfitrión. Además, la cultura e historia compartida facilitaba la integración tanto como podía suponer un obstáculo. En círculos intelectuales, por ejemplo, era casi inevitable que la arrogancia e ignorancia de los españoles ante la cultura de su antigua colonia chocara con las sensibilidades nacionalistas de los mexicanos. Tampoco la afinidad política era tan nítida como la había presentado el Presidente Cárdenas. Es verdad que, en un aspecto formal, la solidaridad entre la República española y el régimen revolucionario de México seguiría determinando la política internacional mexicana hasta los años setenta – México nunca reconoció el gobierno franquista. Como es sabido, sin embargo, en la práctica los sucesores de Cárdenas, empezando con Manuel Ávila Camacho (1940–46), se apartaron de los principios progresistas del régimen cardenista. Manteniendo la retórica revolucionaria, optaron por un desarrollo capitalista y, en el contexto de la Guerra Fría, un acercamiento cada vez mayor a Estados Unidos.

Fueron muchas, entonces, las dificultades a que tuvieron que enfrentarse los intelectuales españoles al integrarse a la sociedad anfitriona, aunque por regla general prefirieron no hablar de ellas (Matesanz 171–72).² En realidad, adaptarse a México no era sólo cuestión de ganarse una vida y continuar la lucha antifranquista, sino también de establecer una red de conexiones con los colegas mexicanos y mantener una buena relación con el gobierno del presidente de

turno. El epistolario de Max Aub, archivado en la Fundación dedicada a él en Castellón, además de la selección de sus diarios editado por Manuel Aznar, nos permiten echar alguna luz sobre este complejo proceso. Hay que reconocer, por otro lado, que las conclusiones que se puedan sacar del epistolario son, inevitablemente, parciales y especulativas.

En verdad, se sabe poco sobre la vida de Aub en México, sobre todo durante los años 60, cuando trabajaba como director de Radio y Televisión de la Universidad Nacional Autónoma de México. Es cierto que las investigaciones biográficas en torno a Aub han recibido un impulso importante gracias a la actividad de la Fundación, que en 1999 publicó una biografía de Aub escrita por Ignacio Soldevila Durante bajo el título *El compromiso de la imaginación*.³ Pero incluso esta obra, útil y rigurosa, presta poca atención a la vida desterrada de Aub en México. Soldevila reconoce que el proceso de adaptación fue duro a causa de la pérdida de público, las dificultades económicas y la xenofobia mexicana con que se tuvo que enfrentar (43–44). Pero aunque Soldevila menciona los diferentes empleos que desempeñó Aub en México, la mayoría de ellos al servicio del Estado, no habla específicamente de su relación, como exiliado político, con el régimen de acogida.⁴ Por otra parte, es importante destacar que esta laguna en la investigación no se limita al caso de Aub. Aunque el cuerpo bibliográfico sobre el exilio republicano en México es considerable, casi no existen estudios que evalúen la experiencia de los españoles con referencia a la evolución del contexto político y social mexicano.

UN ARTÍCULO Y UNA CARTA

El 6 de junio de 1953, el periódico mexicano *Excélsior* publicó, en la primera plana, un artículo de tono sensacionalista sobre las actividades de un grupo de “peligrosos” agentes comunistas en México: “En Cuernavaca, en Tasco y en otros centros de turismo,” comienza, “se reúne a menudo un numeroso grupo de extranjeros comunistas con el propósito de estudiar la forma de extender la campaña subversiva contra los países latinoamericanos.” Entre la larga “lista secreta de comunistas” que el reportero dice haber compilado después de largas y difíciles investigaciones, también encontramos a un cierto “autor de obras teatrales” llamado Max Aub (Ramírez de Aguilar 1, 8).⁵ Como es sabido, no era la primera vez, ni la última, que Aub vio su nombre vinculado al partido comunista. Era un malentendido que le perseguía como un maleficio, que le causó no poca desgracia y que parecía imposible quitarse de encima. Entre 1939 y 1942 pasó tres años en campos de concentración y cárceles en Francia y África porque un soplón lo había acusado, falsamente, de militante del partido. A causa de una ficha antigua basada en esta ficción, las autoridades francesas le negaron el visado en 1951.⁶ En México, ya en 1947, había sido el mismo periódico *Excélsior*, si bien a través de otro reportero, que había identificado a “Max Ahub, valenciano” como un “comunista de los militantes” que, cobardemente, se había

escapado a Checoslovaquia al estallar la guerra so pretexto de estudiar música. Aub, quien por ese entonces apenas llevaba cinco años en México, respondió con una enconada carta al director del periódico en que se burlaba de la absoluta falsedad de la noticia. Escribe Aub:

Entre la cantidad de absurdos, mentiras, datos falsos y falseados que – sorprendiendo su buena fe – publica su reportero, Felipe Moreno y Irrizábal para mayor regocijo de los auténticos dirigentes comunistas, si es que los hay, leo algunos datos acerca de mi persona donde no hay consignado un solo dato que sea cierto. Ni soy ni he sido comunista. Pertenezco, a mucha honra, al Partido Socialista Español, desde 1927. Pero esto sería lo de menos: lo que sí de verdad me importa es una anécdota que trae a cuenta su antes citado reportero, según la cual en los momentos álgidos de la pérdida de la guerra española yo escurrí el bulto y logré ser enviado a Checoslovaquia a estudiar. . . ¡Música! . . . Mi mal oído se lo premie y mi deseo de conocer aquel país. Es público y notorio, que salí de España en los últimos momentos de nuestra lucha, con la película “SIERRA DE TERUEL,” que me tuvo ocupado en Barcelona en los años 38 y 39, ayudando a André Malraux [*borrado*: mientras el gran novelista francés partidario decidido del General de Gaulle – agente muy conocido de Moscú.] Película que hoy se proyecta en los Estados Unidos [*borrado*: país esencialmente comunista, como se sabe.] (Aub al director de *Excélsior*)

Pero, si en 1947 Aub podía reírse del incidente, en 1953 la situación era distinta. A partir de 1948 la Guerra Fría se había vuelto mucho más tensa. En 1950, el senador norteamericano McCarthy había desatado su caza de “rojos”;⁷ y en México el presidente Alemán, deseoso de mejorar las relaciones con el vecino del norte, también había iniciado una campaña anti-comunista, purgando los sindicatos y el partido oficial de todo elemento de la izquierda radical.⁸ En este ambiente enrarecido, una acusación como la que se dirigía a Aub desde las páginas de *Excélsior* no se podía ignorar. Hay que tener en cuenta que, en 1953, Aub aún no se había naturalizado mexicano. Aunque ya había solicitado la ciudadanía para él y su familia en 1949, no les fue concedida hasta 1956 (Aznar Soler, Prólogo 22; González Sanchís 114). El 13 de mayo de 1954 anota en su diario: “no me dejarían entrar en los Estados Unidos; no me invitarían a ver lo que quieren enseñar en la U.R.S.S. (No me dejan entrar en Francia, por comunista —¡Dios!—.) Tengo mi teléfono y mi correspondencia intervenidos en México. Me resigno” (*Diarios* 245). Así, comprendiendo la seriedad del asunto, Aub apeló a la figura más poderosa del país. Se dirigió al mismo Presidente de la República. En una carta a Adolfo Ruiz Cortines, fechada el 9 de junio, escribe:

Señor Presidente,

El periódico “Excélsior”, en su primera plana del día 6 de los corrientes, y en una información dedicada a descubrir actividades comunistas menciona, entre otros, mi nombre.

Para borrar este infundio, basado, como todos, en la ignorancia a menos que sea en la mala fe, en lo que a mí respecta, bastarían mis no pocos escritos.

No soy, ni fui nunca comunista.

Pertenezco a esa enorme multitud que no quiere sufrir dictadura alguna, sea la que sea.

Por eso estoy en México y México es mi Patria, aun siendo español.

Voces extremas parecen ahogar las de tantos millones de hombres que aspiran a gritar que la tolerancia – por otro nombre, la libertad en el derecho – es el mayor bien que logró forjar la humanidad.

El miedo que se ha enseñoreado de nuestro mundo lleva los hombres al paradero de la cobardía – que es temor agresivo – y vemos personas respetables darse golpes de pecho, buscar en su pasado muestras de pureza para ser perdonados por seres rastreros que sacan su nombre del solo escándalo. No estoy dispuesto a seguir ese camino, porque cuando más caso se les haga [*borrado*: a esos envenenadores] más turbia se volverá el agua de cada día.

Por eso me dirijo a Usted, Señor Presidente, sin acogerme a las páginas de los periódicos, donde tan fácil me sería el que algunos amigos míos, algunos directos colaboradores de Usted, salieran por los fueros a la verdad.

Tanto Enrique Rodríguez Cano como Roberto Amorós o Mauricio Magdaleno, Rogerio y Salomón de la Selva, Benito Coquet, Agustín Yáñez, Jaime Torres Bodet, Alfonso Reyes, Andrés Iduarte, Celestino Gorostiza, Antonio Castro Leal, José Luis Martínez, podrán decirle de mi filiación democrática, sin tapujos ni claudicaciones, que me llevó a servir en el Gobierno pasado, la campaña presidencial de Usted y el régimen de derecho que tan dignamente encabeza, en la medida de mis escasos medios.

Al ponerle a Usted en antecedentes de este hecho despreciable sólo quiero reiterarle Señor Presidente, mi total devoción a México y a su régimen y mi disposición de seguir sirviéndolos con fe y lealtad.

[Firmado] Max Aub

Aparte de su posible calidad literaria, esta carta al Presidente mexicano nos permite hacer algunas observaciones generales sobre la posición de los intelectuales españoles en México. Se podrían destacar tres aspectos específicos. Primero, la letanía de figuras prominentes de la vida pública mexicana que Aub invoca en apoyo de su buena reputación demuestra cómo nuestro escritor, en sus once años en México, se había sabido relacionar con los intelectuales y políticos más importantes del país. Segundo, es llamativo que Aub, como intelectual español exiliado, declare su absoluta adhesión al presidente mexicano y al régimen que representa.⁹ Tercero, la carta ilustra hasta qué punto la

influencia personal del presidente podía determinar el destino de un exiliado como Aub. En lo que sigue, indagaremos en estos tres puntos.

LA IMPORTANCIA DE LAS RELACIONES PERSONALES

Juzgado por las muchas y buenas relaciones personales que mantenía con los intelectuales y políticos de México, cabe decir que Aub fue uno de los exiliados españoles mejor integrados al país. Por supuesto, esto de la integración debe tomarse en un sentido muy relativo. Con todo respeto para don José Gaos, no se trata de ningún *transtierro*.¹⁰ Como se ha argüido arriba, la posición del exiliado político siempre es sumamente precaria; desprovisto del apoyo legal e institucional de su patria – y, en el caso del escritor, de su público – depende por completo de la buena voluntad de los gobiernos extranjeros dispuestos a darle refugio. Mantener una buena relación con el régimen anfitrión y las instituciones de la “segunda patria” es, por tanto, ningún lujo: es de importancia vital. Así también lo era para los intelectuales españoles en México, a pesar de la comunión de lengua, cultura, historia y política entre españoles y mexicanos, invocada tantas veces. Como ha escrito José Antonio Matesanz, “Es un mito que los refugiados españoles hayan sido bien recibidos en México. Los únicos que los recibieron bien fueron los funcionarios gubernamentales del régimen cardenista ... En general la sociedad mexicana en pleno los recibió con disgusto y con desconfianza, cuando no con abierta hostilidad ...” (171). Ante una población mexicana indiferente u hostil, los españoles se acogían a la protección de las élites políticas e intelectuales del país. Además, si mantener buenas relaciones con el régimen anfitrión y sus representantes es crucial para todo exiliado político, lo es más en un país como México, cuya vida pública – tanto política como intelectual – se caracteriza, precisamente, por el predominio del personalismo y de camarillas que funcionan a base del clientelismo. “In Mexico,” escribe el estudioso Roderic Camp, “a person’s career depends largely on the ability to acquire influential friends and mentors” (20).¹¹

Hasta qué punto Aub supo moverse en este medio lo demuestra de sobra su correspondencia archivada en la Fundación Max Aub. Tenía muchos y muy importantes amigos. Un mero repaso de sus correspondientes prueba que Aub, andando el tiempo, se convirtió en una persona de gran prestigio, respeto e influencia en la vida cultural mexicana. Es significativo, en este sentido, la carta que Jaime Torres Bodet – en cuyo prestigio Aub se había apoyado en su carta al presidente cinco años antes – le envía al retomar, en 1958, las riendas del Ministerio de Educación Pública. Era una época tumultuosa. Antes y después de la toma de poder de Adolfo López Mateos en el mismo año, hubo una serie de huelgas de los ferrocarrileros que acabaron, en marzo de 1959, en una maniobra represiva del gobierno en que la policía detuvo a unos diez mil trabajadores, junto con líderes sindicales como Demetrio Vallejo y Valentín Campo (Krauze 636–37). También, desde mediados de 1958, el movimiento de maestros dirigido

por Othón Salazar venía organizando frecuentes protestas. Ahora bien, refiriéndose indirectamente a las relaciones problemáticas entre el régimen y los sindicatos de los maestros, es ahora Torres quien le pide a Aub todo el apoyo político y moral que pueda dar: “Ya usted conoce los problemas que debo afrontar y comprenderá, por tanto, la necesidad en que me encuentro de contar en lo sucesivo con el concurso de todas las voluntades bien intencionadas, entre las cuales me permito incluir la suya, para mí tan valiosa” (Torres Bodet a Aub). Como otra prueba de la influencia de Aub en el medio cultural de México se puede citar el ejemplo de Elena Garro. En noviembre de 1962, Garro le escribe una carta en que le pide que la ayude a publicar un libro de cuentos o al menos un cuento titulado “El día que fuimos perros”: “Yo no sé bien el puesto que tienes, pero sé que eres muy importante y bajo tu sombra me coloco” (Garro a Aub).

LA LEALTAD AL PRI

Es sabido que los españoles, a cambio de la generosa acogida de México, se declararon agradecidos y leales al régimen que, en muchos casos, les había salvado la vida. También se ha dicho que la adhesión política de los exiliados españoles al régimen mexicano en realidad se limitaba a la figura legendaria de Lázaro Cárdenas, su benefactor inmediato.¹² Es verdad, pero sólo hasta cierto punto; al fin y al cabo, el sexenio cardenista acababa cuando llegaron los primeros exiliados. De hecho, la carta de Aub al Presidente Ruiz Cortines demuestra que en ocasiones el apoyo explícito de los españoles se extendía a los gobiernos posteriores del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Y aunque es difícil saber hasta qué punto debemos dar una interpretación literal a la afirmación de Aub de haber “servido” en el régimen del presidente Alemán y en la campaña electoral de Ruiz Cortines, la voluntad de apoyo político queda evidente. En parte, las declaraciones de Aub tienen cierto carácter ceremonial y deben verse en el contexto de los frecuentes “homenajes” que los exiliados españoles solían presentar a los presidentes sucesores de Cárdenas. Pero aún así, esta declaración aubiana de “devoción ... fe y lealtad” a las presidencias de Miguel Alemán (1946–1952) y Adolfo Ruiz Cortines (1952–1958) puede resultarnos problemática a la luz de la historia mexicana. El sexenio del primero supuso un decido alejamiento del cardenismo y una confirmación del viraje conservador, capitalista, iniciado por Avila Camacho (1940–1946); además, el partido oficial consolidaba su poder mediante una hábil combinación de pactos sociales y represión violenta (Carr 143).¹³ Y aunque Ruiz Cortines rompió con la corrupción, el nepotismo y el despilfarro de su antecesor, siguió la política de desarrollo capitalista, consolidó el dominio prácticamente total del Partido oficial sobre las Cortes, persiguió a disidentes políticos como Rubén Jaramillo y perfeccionó el sistema de control electoral absoluto mal disfrazada de

democracia (Krauze 601–14). Su régimen culminó en la represión violenta de las protestas sindicales de los maestros y ferrocarrileros.

Sería, claro está, injusto y anti-histórico responsabilizar a Aub por la política de estos presidentes. Toda crítica a las adhesiones políticas de un intelectual como Aub debe ser cuidadosamente matizada – y no sólo porque la posición precaria del exiliado puede hacerle entrar en relaciones de dependencia no completamente acordes con sus convicciones políticas. Para la mayoría de los intelectuales mexicanos, el declararse dispuestos a servir al régimen de la revolución constituía una actitud generalizada y, al menos hasta 1968, muy poco cuestionada. Los datos generales recogidos por Roderic Camp no dejan lugar a dudas: el 53 por ciento de los intelectuales prominentes de México han ocupado puestos gubernamentales; casi un cuarto de todos los intelectuales han sido militantes en el Partido Revolucionario Institucional (PRI) y casi el 20 por ciento han sido candidato y elegido a un puesto electivo. De todos los intelectuales mexicanos de 1920 hasta mediados de los años ochenta, el 28 por ciento ha dedicado una vida laboral a tiempo completo al servicio gubernamental, cifra que Camp califica de “increíble” (23, 43). Las consecuencias para la actitud de los intelectuales se dejan adivinar:

The most striking feature of the Mexican intellectual's self-appraisal as differing from that proposed by the North American is his or her attitude toward the political activity or involvement of the intellectual. Interestingly, Mexican intellectuals made no reference to being independent of the state ... several individuals emphasized political activity as essential, and still others suggested that public involvement is necessary. (42)

Por mucho tiempo, en México trabajar en el gobierno ha sido considerado como un honor (30). En este sentido, como indica Krauze, el régimen de Ruiz Cortines no fue una excepción (616).

Es decir que Aub no era el único, ni mucho menos, en dar su apoyo al presidente y ponerse a su servicio. En este sentido, vale la pena citar una carta de Aub a Octavio Paz fechada en mayo de 1960. Paz, al parecer, se había enfadado porque creía que Aub, en una reciente antología poética, había escrito que la actitud rebelde de Paz se limitaba a lo metafísico. Primero, Aub corrige el malentendido:

Nunca he dicho, y menos escrito que tu “rebelión sea puramente metafísica”. En la página 15 de la antología de Aguilar, que ya está en la calle, releo: “En Cuba y en Chile, Nicolás Guillén y Pablo Neruda, como en España, Blas de Otero, hallan facilitada su tarea por la oposición política en la que se mueven. No es el caso de México; al contrario, los poetas aceptan en general la forma y métodos de gobierno. Pero como toda gran poesía actual es rebelde, su obra se hace retórica, metafísicamente oscura, ahondando la protesta. Es el caso de Octavio Paz, de Alí Chumacero.”

Poco después, sin embargo, hace unas calificaciones interesantes: “Por otra parte la colaboración con el gobierno mexicano me parece normal, necesaria, tan necesario como estar en contra de algunos aspectos de su política para cumplir los preceptos democráticos” (Aub a Paz, 30 de mayo 1960). Aunque Aub comprende la adhesión de los intelectuales mexicanos al régimen revolucionario – actitud que, como hemos visto, él mismo también adoptaba – cree que no por eso debe dejarse de criticar al régimen por sus defectos.¹⁴

Como vemos, el caso de Aub ilustra una vez más cómo el intelectual en la sociedad moderna se ve forzado a realizar un difícil balanceo entre la crítica y el apoyo a los sistemas políticos de los que depende. Para el intelectual exiliado, la situación se vuelve todavía más compleja. Por un lado, se suele ver más libre para criticar la situación política en su país de origen. Respecto al ambiente político y social en que vive y trabaja, sin embargo, está sujeto a toda una serie de restricciones que limitan su libertad de expresión. En el caso de los españoles en México, la situación cobró un aspecto irónico, si no trágico. En su “segunda patria,” donde más influencia directa podrían tener, se encontraban con unas barreras culturales, legales y políticas que, por regla general, les impedían hacer análisis sociopolíticos que contradijeran la imagen positiva difundida por la retórica oficial. Como escribió Juan Rejano en su prólogo a *La esfinge mestiza* (1945):

... se omite, deliberadamente, cuanto atañe a los problemas y a los hombres que juegan dramáticamente en torno a ellos. Ni política, ni cuestiones sociales, ni conflictos económicos, ni disputa de razas ... Después de pensarlo mucho, comprendí que el México de las grandes y apasionadas luchas estaba todavía demasiado fresco en mi retina para lograr reflejarlo sin temor a grandes yerros. ¡Y hay además en México tantas y tan complejas contradicciones! Por otra parte, mi condición de español acogido a la hospitalidad de este país me ponía en un trance comprometido. Si mi palabra caía en el elogio, hubiese sonido en algunos oídos a adulación. Si, por el contrario, daba en rigor, otros lo habrían tomado, acaso, a ingratitud. No, el refugiado político sigue siendo todavía un ciudadano de dos patrias: lo que en una se dejó perdido, en otra lo halló condicionado a diversos y respetables sentimientos. (21)

Los intelectuales españoles estaban más o menos forzados a declararse leales a unos regímenes revolucionarios que seguían invocando a Cárdenas, a pesar de desviarse de él políticamente. Al mismo tiempo se les había prohibido, como a todos los extranjeros, interferir en la política mexicana – una norma impuesta por la constitución mexicana que, en los primeros años del exilio, se convirtió en una promesa explícita de parte de los españoles repetida hasta la saciedad en su discurso público. No debemos olvidar que, sobre todo durante los primeros años, hubo mucha oposición a la llegada de los españoles. Las repetidas afirmaciones de que los españoles no habían venido a México a enriquecerse ni

a participar en la política mexicana deben verse como parte de la estrategia española de crear buena voluntad en amplios sectores de la sociedad mexicana. Por otro lado, la libertad de expresión respecto a la situación sociopolítica de España la ganaron los exiliados a costo de una separación física que, fatalmente, cortó el contacto con su sociedad nacional y casi toda capacidad de influir en ella.

LA DEPENDENCIA DEL PRESIDENTE MEXICANO

¿Por qué en 1953 se dirigió Aub al propio Presidente? Porque sabía que, en México, la protección presidencial es la única que realmente vale. Si no hubiera sido por la voluntad de Cárdenas, México no habría abierto sus puertas a los españoles. Así también aquellas instituciones mexicanas que acabaron empleando a la mayoría de los intelectuales exiliados – como prácticamente todas las instituciones culturales y educativas de México, así como los medios de comunicación – estaban bajo la tutela directa del régimen, es decir, sujetas a la voluntad del presidente de turno. Como escribía José Gaos en 1966:

... la conducta de La Casa de España en México, El Colegio de México, el Fondo de Cultura, *Cuadernos Americanos*, el periódico del Gobierno y el órgano de los trabajadores, se explica por la política que con la República Española y con los republicanos españoles ha seguido el Estado mexicano bajo la Presidencia de los Señores Generales D. Lázaro Cárdenas y D. Manuel Ávila Camacho y del Señor Licenciado D. Miguel Alemán, cuyos nombres no puede escribir un republicano español sin expresarles un homenaje de gratitud, y por la circunstancia de ser los directores y patronos de La Casa y El Colegio, por un lado, y del Fondo y los *Cuadernos*, por otro, en su mayor parte las mismas personas. (228)

Así también el destino de Aub dependía en gran medida del presidente. Lo demuestra una carta de 1961 a Octavio Paz, en que Aub, que en ese entonces dirigía los Servicios de Radio y Televisión de la Universidad Nacional de México (UNAM), relata una audiencia reciente con el presidente López Mateos. Al parecer, el asunto era que Paz, empleado de la embajada mexicana de París, quería que Aub le acompañara en París. Aub también quería ir; pero necesitaba la autorización del presidente para ausentarse de su trabajo. He aquí el diálogo entre Aub y López Mateos tal como lo recrea aquél en su carta a Paz. El intercambio empieza con una referencia a la barba que Aub se ha dejado crecer:

- ¿Es usted alguien disfrazado de Max Aub?
- Sí señor Presidente.
- No le han sonado los oídos.
- No señor Presidente.
- El Dr. Morones Prieto y yo estuvimos hablando mucho de usted.

—Ya lo sé. Hablé con el señor Tello. Faltan algunos detalles. Ahora usted dirá señor Presidente.

—Por de pronto se me quita usted esa barba.

—¿Es una orden?

—Definitiva.

Me llevó aparte.

—Ya ha visto usted señor Presidente que día sí día no me mientan la madre.

—Sí. No se preocupe, es una campaña pagada y yo sé por quién. No haga usted caso. Siga adelante. Van bien. Actualmente la Universidad es uno de los centros vitales del país, si no el más importante. Es usted más útil aquí, ahora, en este momento, que en París. París es muy importante. Pero esto lo es más. *Cuideme* al doctor Chávez. Tiene un paquete enorme que resolver. Debemos ayudarle todos. (Aub a Paz, 14 de septiembre 1961)¹⁵

El doctor Ignacio Chávez mencionado aquí, un eminente cardiólogo quien además era el médico personal de nuestro escritor, había sido nombrado rector de la Universidad Nacional en enero de 1961 para restituir el orden y mejorar la calidad de enseñanza (Mabry 219–20). Por cierto, cuando en 1966 una serie de disturbios estudiantiles acabaron en la destitución de Chávez, también Aub dimite de su puesto de director de Radio y Televisión.¹⁶

Disgustado con estos eventos, Aub prosiguió la serie de viajes que había iniciado en 1956, pasando largas temporadas en Israel (1966–1967), a Cuba (1967–1968) y a España (1969). En retrospectiva, cabe decir que su salida de la UNAM se produjo justo a tiempo; poco después las protestas estudiantiles se intensificarían, acabando en la “matanza de Tlatelolco” el 2 de octubre de 1968. Dada la adhesión de los intelectuales españoles al partido oficial, vale la pena indagar cuál fue su actitud ante este acto de violencia estatal que, en los ojos de México y el mundo, puso en tela de juicio la legitimidad del régimen del PRI. Aunque muchos exiliados de la segunda y tercera generación de hecho participaron en las protestas, la postura de la primera generación queda menos clara.¹⁷ De su correspondencia podemos inferir que Aub se mantiene al margen. Contesta con evasivas a las preguntas preocupadas de sus amigos en Europa. En agosto, escribe a Tuñón de Lara: “Lo de aquí, como siempre, tiene un aspecto muy *sui generis*, imposible de explicar, empezando porque ni los propios mexicanos saben lo que sucede. Evidentemente hay un reflejo de los sucesos de París, un sustrato del descontento global de la juventud pero, además, y tal vez principalmente causas autóctonas” (Aub a Tuñón de Lara, 13 de agosto 1968). A Buñuel le escribe en octubre: “quiero ponerte dos letras para tranquilizarte en cuando a lo que ha sucedido aquí. Es lamentable, es triste, es imbécil, es cruel, es absurdo pero no tendrá – por el momento, y por un momento muy largo – ninguna repercusión[,] ni el ambiente está, como suponen en el resto del mundo debido a las informaciones, ‘preñado’ de amenazas” (Aub a Buñuel, 9 de octubre 1968). Eso

sí, en noviembre de 1968 le manda una nota de apoyo moral a Paz, quien acaba de dejar la embajada de la India en protesta contra lo ocurrido.¹⁸

Por otro lado, es curioso – como señala Manuel Aznar – que Aub no aluda ni una sola vez al movimiento estudiantil mexicano cuando escribe *La gallina ciega*, el diario de su visita a España en 1969 (“Max Aub en el laberinto” 20n). Al contrario, su actitud respecto a México en ese texto resulta más bien defensiva.

Al parecer, entonces, incluso al cabo de un cuarto de siglo en México, la gratitud para con México y el saberse extranjero le impedían condenar al régimen que lo había acogido tan hospitalariamente. Para Aub a principios de los 70 era todavía válido lo que Juan Rejano había escrito en 1945: “el refugiado político sigue siendo todavía un ciudadano de dos patrias: lo que en una se dejó perdido, en otra lo halló condicionado a diversos y respetables sentimientos” (21).

Oberlin College

NOTAS

- 1 Véase, por ejemplo, el volumen colectivo *El exilio español en México*.
- 2 Es típico de esta especie de autocensura el tono optimista y triunfal del ensayo publicado por José Gaos en España en 1966, titulado “La adaptación de un español a la sociedad hispanoamericana.”
- 3 En este marco también hay que mencionar dos aportaciones recientes a la biografía de Aub que tratan de sus años en Francia, de Malgat y Nos Aldás.
- 4 Tampoco lo hacen los otros biógrafos de Aub, Prats Rivelles y González Sanchís.
- 5 El artículo es tan tendencioso y exageradamente paranoico que muy bien podría ser una parodia del tipo que tanto le gustaba al propio Aub. Doy algunas citas: “Los nombres de muchas personas más, que hasta ahora habían sido insospechables, podrían ser dados; pero ello echaría por tierra la investigación sobre el particular” (1). “Muchos de ellos han ocupado puestos prominentes en los núcleos comunistas de los Estados Unidos y de países europeos. / Su peligrosidad, en consecuencia, es mucha, debido a que tienen experiencia. En ellos se ha concentrado la atención de los investigadores, pero son individuos muy cautos, que pocas veces cometen errores”; “Es de todos conocida la labor desarrollada por el Partido Comunista. Muy frecuentemente provoca disturbios. Sin embargo, nunca lo hace como PCM, sino que se ampara en otras organizaciones”; “En general, puede decirse que a la sombra de cualquier escándalo, están los comunistas” (8).
- 6 En una carta de protesta al presidente francés Vicente Auriol, Aub escribe: “Ya sé que estoy fichado, y que esto es lo que cuenta, lo que vale ... Es decir, que yo, mi persona, lo que pienso, lo que siento, no es la verdad. La verdad es lo que está escrito. Claro que yo, como escritor, debiera comprenderlo mejor que

- nadie. Es decir, que lo que vive de verdad son los personajes y no las personas. Miguel de Unamuno lo sostuvo elocuentemente. Yo, Max Aub, no existo: el que vive es el peligrosa comunista que un soplón denunció un día ... Ése soy yo, y no yo, Max Aub, ese que yo conozco y con quien estoy hablando, y que con el mayor respeto le escribe" (*Hablo como hombre* 61). En 1956, Francia volverá a negarle el visado (Aznar Soler, Prólogo 22).
- 7 Aub anota en su diario, el 13 de mayo de 1954: "Actualmente el peligro está en los Estados Unidos y hasta tiene el nombre ocasional de McCarthy. Todo lo que se haga en contra de ese fascismo redivivo estará bien, porque si se le deja crecer no habrá ya manera de decir verdad en ninguna parte del mundo. Y será la guerra, inevitablemente" (*Diarios* 242).
- 8 Como indica Carr, "The priorities of the Cold War were signaled by the United States with great vigor, and in Mexico they were taken up with enthusiasm by the Alemán government" (144). Bajo Alemán, dice Carr, "The PRI declared itself staunchly anti-communist and began purging its ranks of Communists and their sympathizers ..." (Carr 146-147, 168; véase también Berins Collier 34). Además, "Between October 1948 and the end of 1951 the three most powerful national industrial unions (rail, petroleum, and mining) were purged of their leftist (pro-Lombardo, Communist and independent) officials, using brute force and the manipulation of intra-union divisions and weaknesses." En 1948 Vicente Lombardo Toledano fue expulsado del sindicato oficial (Carr 168). Carr también llama la atención sobre la intensificación de la cooperación entre el gobierno mexicano y el FBI y la CIA estadounidenses (145).
- 9 Por fortuna, Ruiz Cortines no se dejó arrastrar por el anticomunismo norteamericano. Como observa Krauze, en 1954 su Ministro de Asuntos Exteriores se opuso al intento estadounidense de movilizar los gobiernos de Latinoamérica en su lucha contra el "peligro rojo" (623).
- 10 José Gaos, exiliado en México desde 1938, acuñó el término de "transtierro" para expresar el grado de integración de los republicanos españoles a México; éstos, para Gaos, no habían sufrido el desarraigo que se asocia con la idea del destierro, sino más bien un trasplante de un medio cultural a otro muy parecido. Como ha argüido, entre otros, Francisco Caudet, en realidad el neologismo de Gaos ofrece una representación simplificadora y excesivamente positiva del proceso de integración (*El exilio* 582, 645; *Cultura* 75-76n).
- 11 Camp arguye que en México, como en muchos países latinos, el prestigio social depende de la acumulación de poder público y no, como por ejemplo en Estados Unidos, de la acumulación del dinero. Por consiguiente, es importante disponer de una amplia red de amistades: "The test of public power is found in the extent of ... friendships ... Personal relationships therefore must be cultivated, the circle of friends extended. Playing the friendship game thus becomes a necessary way of life ..." (Dealy 12). Según Roderic Camp la vida política mexicana se puede representar como una pirámide de *camarillas* que culmina en la figura del presidente y su círculo inmediato. La comunidad intelectual funciona de forma muy similar; de hecho, los círculos políticos e intelectuales muchas veces coinciden. El éxito de un individuo en la vida pública mexicana está directamente relacionado con su afiliación a una camarilla y su capacidad

de acogerse a la protección de un “mentor” que promueva su carrera. Observa Camp: “The importance of superior-subordinate relationships and the exaggerated loyalties they have engendered produce many side effects. Because friendships are so critical to political success, and because there is a constant tension and feeling of distrust, loyalty to individuals becomes highly valued” (18).

- 12 El dr. José Puche, por ejemplo, figura prominente de la comunidad republicana en México, confesó en 1978: “A mí me ha parecido mejor la línea seguida por el general Cárdenas, que luego se ha desvirtuado mucho” (Alonso 84).
- 13 “Under Alemán a Mexican version of the Cold War closed off interpretations of the revolutionary tradition that were incompatible with the program of accelerated capitalist modernization embraced by the régime” (Carr 146–47).
- 14 Una misma distancia cuidadosa con respeto al régimen mexicano se observa en una carta de Aub a Manuel Tuñón de Lara, del 16 de noviembre de 1962, en que le recomienda ponerse en contacto con José Luis Martínez cuando asuma el puesto de representante mexicano ante la UNESCO: “Desde luego, es un amigo con el que se puede contar para todo,” dice sobre Martínez; y añade: “Políticamente, como es natural, está absolutamente de acuerdo con el Gobierno.” A mi ver, el hecho de que Aub lo destaca de esta manera indica que él mismo no está “absolutamente de acuerdo” con el régimen priísta.
- 15 Una misma situación se produjo al año siguiente. El 10 de enero de 1962, Paz le escribe a Aub: “Sí, creo que tú serías utilísimo en París, en estos días”; el 17, Aub le contesta: “He visto al Embajador. Está en las mismas que tú: quiere que vaya aunque sea un par de meses. Le dije que se lo pidiera al Presidente ... Supongo que es la única manera porque es tal el cúmulo de trabajo que me [he] echado encima en la Universidad que si no viene por ahí, no tengo cara para hablarle al Rector.”
- 16 Según González Sanchís y Soldevila Durante, Aub “cesa en solidaridad con el rector” (González Sanchís 116, Soldevila Durante 55n). Aub le escribe a Tuñón de Lara: “al dejar el Dr. Chávez la Rectoría, todavía ignoro si seguiré al frente de los Servicios de Radio. No te voy a contar lo sucedido, entre otras cosas porque ni Dios sabe qué ha pasado. Fue un cúmulo de circunstancias, malas voluntades, hechos monstruosos ...” El 10 de junio escribe: “Se cumplió lo supuesto y precisamente hoy, a los cinco años justos de haber tomado posesión de Radio Universidad, entregué el puesto” (Aub a Tuñón de Lara, 20 mayo y 10 junio 1966).
- 17 Escribe Patricia Fagen: “During the student demonstrations and strikes of June–October 1968 ... the sons and daughters of Spanish refugees were found not only participating in the ranks of the protesters, but serving in leadership positions as well ... There were undoubtedly Spanish parents who ... turned to their university-aged children with the proverbial See! I told you so! and urged them to cease engaging in such unacceptable behavior” (221–22). Al evaluar la actitud de la primera generación de exiliados españoles, hay que tener en cuenta que para 1968 ya muchos habían muerto (León Felipe, Enrique Díez-Canedo, José Moreno Villa, Paulino Masip, entre otros), mientras que otros muchos habían salido de México (como Bergamín, Larrea y Sánchez Barbudo).

- 18 “Querido Octavio: Inútil decirte que nunca me he sentido tan solidario de nadie como de ti en estos momentos. Por lo que has hecho y por la lección que entraña para propios y extraños” (Aub a Paz, 4 de noviembre 1968).

OBRAS CITADAS

- ALONSO, MARÍA DE LA SOLEDAD, MARTA BARANDA Y EUGENIA MEYER, COORD. *Palabras del exilio*. Vol. 1. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia / Librería Madero, 1980.
- AUB, MAX. *Hablo como hombre*. México: Joaquín Mortiz, 1967.
- . *Diarios (1939–1972)*. Ed. Manuel Aznar Soler. Barcelona: Alba, 1998.
- . Carta a Octavio Paz. 30 de mayo de 1960. Fundación Max Aub. Segorbe (Castellón).
- . Carta a Octavio Paz. 14 de septiembre de 1961. Fundación Max Aub. Segorbe (Castellón).
- . Carta a Octavio Paz. 17 de enero de 1962. Fundación Max Aub. Segorbe (Castellón).
- . Carta a Octavio Paz. 4 de noviembre de 1968, Fundación Max Aub. Segorbe (Castellón).
- . Carta a Manuel Tuñón de Lara. 16 de noviembre de 1962. Fundación Max Aub. Segorbe (Castellón).
- . Carta a Manuel Tuñón de Lara. 20 de mayo de 1966. Fundación Max Aub. Segorbe (Castellón).
- . Carta a Manuel Tuñón de Lara. 10 de junio de de 1966. Fundación Max Aub. Segorbe (Castellón).
- . Carta a Manuel Tuñón de Lara. 13 de agosto de 1968. Fundación Max Aub. Segorbe (Castellón).
- . Carta a Luis Buñuel. 9 de octubre de 1968. Fundación Max Aub. Segorbe (Castellón).
- . Carta al director de *Excélsior*. 28 de junio de 1947. Fundación Max Aub. Segorbe (Castellón).
- . Carta al Presidente Ruiz Cortines. 9 de junio de 1953. Fundación Max Aub. Segorbe (Castellón).
- AZNAR SOLER, MANUEL. Prólogo. Max Aub. *Diarios (1939–1972)*. Barcelona: Alba, 1998.
- . “Max Aub en el laberinto español de 1969.” *La gallina ciega. Diario español*. Barcelona: Alba, 1995.
- BERINS COLLIER, RUTH. *The Contradictory Alliance: State-Labor Relations and Regime Change in Mexico*. Berkeley: International and Area Studies, University of California at Berkeley, 1992.
- CAMP, RODERIC A. *Intellectuals and the State in Twentieth-Century Mexico*. Austin: U of Texas P, 1985.

- CARR, BARRY. *Marxism and Communism in Twentieth-Century Mexico*. Lincoln: U of Nebraska P, 1992.
- CAUDET, FRANCISCO. *El exilio español en México: las revistas literarias (1939–1971)*. Madrid: Fundación Banco Exterior, 1992
- . *Cultura y exilio: la revista “España peregrina” (1940)*. Valencia: Fernando Torres, 1976.
- DEALY, GLEN. *The Public Man: An Interpretation of Latin American and Other Catholic Countries*. Amherst: U of Massachusetts P, 1977.
- El exilio español en México 1939–1982*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.
- FAGEN, PATRICIA W. *Exiles and Citizens: Spanish Republicans in Mexico*. Austin: U of Texas P, 1973.
- GARRO, ELENA. Carta a Max Aub. 10 de noviembre de 1962. Fundación Max Aub. Segorbe (Castellón).
- GAOS, JOSÉ. “La adaptación de un español a la sociedad hispanoamericana.” *Revista de Occidente* 4 (1966): 168–78.
- GONZÁLEZ SANCHÍS, MIGUEL ÁNGEL. “Max Aub: bio-bibliografía.” Max Aub, “*San Juan*”: *Tragedia*. Barcelona: Anthropos, 1992. 107–121.
- KRAUZE, ENRIQUE. *Mexico: Biography of Power: A History of Modern Mexico, 1810–1996*. Transl. Hank Heifetz. New York: Harper Collins, 1997.
- MABRY, DONALD J. *The Mexican University and the State: Student Conflicts, 1910–1971*. College Station: Texas A&M P, 1982.
- MALGAT, GÉRARD. “Max Aub y Francia. Un escritor español ‘sin papeles’. Aportación a la biografía del escritor.” *Literatura y cultura del exilio español de 1939 en Francia*. Ed. Alicia Alted Vigil y Manuel Aznar Soler. Salamanca: Aemic-Gexel, 1998. 143–60.
- MATESANZ, JOSÉ ANTONIO. “La dinámica del exilio.” *El exilio español en México 1939–1982*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982. 163–75.
- MORENO IRAZÁBAL, FELIPE. “Siguen cayendo nombres de los incondicionales de José Stalin.” *Excelsior* [México, D.F.] 28 de junio de 1947: 1, 8.
- NOS ALDÁS, ELOÍSA. “Compromiso social y exilio cultural. La Francia de 1939 en la obra de Max Aub.” *Literatura y cultura del exilio español de 1939 en Francia*. Ed. Alicia Alted Vigil y Manuel Aznar Soler. Salamanca: Aemic-Gexel, 1998. 161–74.
- PAZ, OCTAVIO. Carta a Max Aub. 10 de enero de 1962. Fundación Max Aub. Segorbe (Castellón).
- PRATS RIVELLES, RAFAEL. *Max Aub*. Madrid: EPESA, 1978.
- RAMÍREZ DE AGUILAR, A. “Los rojos extranjeros se reúnen en Cuernavaca y Tasco a conspirar, disfrazados de turistas.” *Excelsior* [México, D.F.] 6 de junio de 1953: 1, 8
- REJANO, JUAN. *La esfinge mestiza. Crónica menor de México*. 2ª ed. Madrid: Cupsa, 1978.
- SHAIN, YOSSI. *The Frontier of Loyalty: Political Exiles in the Age of the Nation-State*. Middletown, Conn.: Wesleyan UP, 1989.
- SOLDEVILA DURANTE, IGNACIO. *El compromiso de la imaginación. Vida y obra de Max Aub*. Segorbe: Fundación Max Aub, 1999.
- TORRES BODET, JAIME. Carta a Max Aub. 6 de diciembre de 1958. Fundación Max Aub. Segorbe (Castellón).